

Francisco José Alfaro Pérez

Zaragoza 1564 el año de la peste

Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2019

José Fernando Caballero Ponce^a

La desesperación, el temor, la larga espera de la muerte, la lucha contra la epidemia, la incertidumbre, la incredulidad, donde ni faltan héroes ni villanos. Todos estos elementos, que bien pudieran formar parte de una novela, nos los desvela Francisco José Alfaro Pérez en una obra de investigación histórica de indudable interés científico. Tomando como referencia el tratado de peste *Información y curación de la peste de Çaragoça y praeservación contra la peste en general*, escrito por Juan Tomás Porcell, médico y testigo de excepción de los acontecimientos allí descritos, el autor nos invita a conocer las vicisitudes de la capital aragonesa, reviviendo el espantoso brote de peste bubónica que se abatió sobre ella a mediados del siglo XVI.

Al contrario de otras monografías, uno de los principales atractivos de este trabajo reside en su narración fluida y directa, que permite una lectura continuada prácticamente de principio a fin, sin que ésta se haga tediosa, ni el lector se vea sobrepasado por una sobrecarga de datos que terminen desvirtuando su objetivo final. Por el contrario, el autor hace un repaso de los acontecimientos más destacables del contagio zaragozano, intercalando adecuadamente interesantes transcripciones procedentes de diferentes archivos municipales, eclesiásticos y notariales, que complementan a los extraídos de la obra de Tomas Porcell, equilibrando de este modo las lagunas que pudieran quedarnos de la simple lectura del tratado del médico sardo.

El libro se estructura en cinco capítulos, con unas conclusiones finales y un apéndice documental bastante completo.

Los capítulos uno y dos hacen un repaso de las principales pestes registradas en el Valle del Ebro a lo largo de la centuria. Lejos de ser una obra anclada en un contagio del pasado, Alfaro pone de manifiesto la importancia que actualmente cobran los estudios epidemiológicos, pasados y presentes, como el mejor manual para conocer de antemano los comportamientos sociales en tiempos de crisis epidémica, como recientemente se ha puesto de manifiesto con la pandemia del covid-19. En este sentido, resultan muy acertados y necesarios los estudios interdisciplinarios y en colaboración con otras universidades, como la que recoge el autor entre Oslo y Ferrara, gracias a la cual se demostró que el vector principal de transmisión de la peste no habían sido las ratas, ni sus pulgas (*Xenopsylla cheopis*), sino la legión de parásitos que infestaban a nuestros antepasados, principalmente pulgas (*Pulex irritans*) y piojos que, tras alimentarse de una persona enferma, saltaban en busca de alimento a un nuevo huésped.

a Museo Hospital Mesa del Castillo

Gracias a un minucioso trabajo de campo sobre los libros parroquiales de algunas iglesias zaragozanas, podemos advertir en todas ellas, merced a los buenos gráficos que ha elaborado el autor, un incremento exponencial de las muertes a mediados de 1564, muy agudos, pero de escasa prolongación en el tiempo, como solían ser las crisis de mortalidad catastrófica en el pasado. Gracias a éstos, Alfaro sostiene, con buen juicio, que la peste, casi con seguridad procedente de Francia, deambulaba por el Valle del Ebro un año antes de presentarse a las puertas de Zaragoza, subrayando además un hecho que a ojos del autor resulta trascendental: la llegada del mal había estado precedido por años extremadamente secos en los que los campos apenas rindieron frutos. En consecuencia, antes de sufrir la enfermedad, el pueblo ya padecía una severa hambruna, lo que pudo intensificar las consecuencias de la propia epidemia generando una mortalidad catastrófica. De este modo, el brote pestífero de 1564 bien pudiéramos enmarcarlo dentro de lo que Pérez Moreda denominó "crisis mixta", y que siempre tenía funestas consecuencias sobre la población.

El tercer capítulo se centra en los protocolos sanitarios que la ciudad estableció una vez que se declaró apestada. El establecimiento de un hospital para los enfermos y un lazareto a las afueras de la ciudad, "la Torre de los Convalecientes" donde hacer la convalecencia. La búsqueda de enfermos ocultos en sus casas y cadáveres, la desinfección de calles y casas y la destrucción de las ropas de los infectados, etc... todo a cargo de unos equipos de trabajo mixtos, formados por franceses y zaragozanos.

El capítulo cuarto está dedicado a profundizar en la figura de Porcell y la importante labor que desempeñó al frente del Hospital General de Santa María de Gracia de Zaragoza, durante toda la plaga. Aunque el personaje se muestra esquivo, sabemos que tras varios años cursando estudios de medicina en diferentes universidades de España, Porcell decidió finalmente regresar a su tierra natal para establecerse como galeno. Fue gracias a ello y cuando posiblemente, se hallaba de camino a Cerdeña, que Porcell se hace visible a los ojos de la historia. La fortuna o el azar quiso que se encontrara en el lugar adecuado, en el tiempo justo. En su caso fue la ciudad de Zaragoza hacia marzo de 1564, justo cuando la urbe comenzaba a sufrir los primeros zarpazos de un severo brote bubónico que se prolongaría hasta la conclusión del año. El protagonismo de Porcell como único médico de la ciudad se hace aún más patente cuando la responsabilidad de su cargo, director del Hospital de apestados de Zaragoza, llega a sus manos casi por casualidad ante las súplicas de un concejo aterrado que había quedado sin médicos, cuando éstos habían huido de la ciudad abandonando sus obligaciones, cuando llegaron los primeros rumores de peste.

A través de estas líneas se nos descubre la grandeza del único médico que accedió a tratar a los infectados, con la simple ayuda de cuatro cirujanos, también extranjeros como él, mérito al parecer insuficiente, dado que su nombre figura en la testifical que se hizo tras el contagio y en la que declararon ocho médicos, algo que no deja de ser paradójico.

No obstante, a través del minucioso trabajo de Alfaro, advertimos su importancia desde una triple vertiente. En primer lugar, como testigo de excepción de unos hechos que

de no haber sido descritos por su pluma, posiblemente hubieran quedado en el olvido. En segundo lugar su calidad humana, al aceptar un cargo de tanta responsabilidad y en la que la muerte solía cebarse, "por haberse muerto los cirujanos que curaban los pobres heridos de peste en el hospital general de dicha ciudad de Çaragoça y el phisico que los visitaba haverse herido y adolecido de dicho mal desde los primeros de mayo hasta los últimos de Iulio". Y, por último, como autor de un tratado antipestífero en el que descubrimos a un científico minucioso, metódico. No solo dirige personalmente a un equipo de cirujanos, sino que supervisa todas sus operaciones. Toma anotaciones en su registro sobre las circunstancias en las que se ha producido la muerte, el tiempo transcurrido desde el ingreso, si al difunto se le habían sajado las bubas o no... etc., en un claro intento por hallar la etiología del mal.

No obstante, la obra no es solamente una consecución de hechos que ocurrieron en el pasado, sino que extrapola alguna de las observaciones del galeno sardo con los de algunos contagios ocurridos en plena actualidad, lo cual aparte de ser ciertamente interesante dota a la obra de Alfaro de una rabiosa actualidad, especialmente a raíz de la última pandemia sufrida por la humanidad a manos del covid-19, lo que demuestra que las grandes epidemias lejos de permanecer ancladas en el pasado siguen tan activas como siempre. Lo único que ha cambiado es su letalidad gracias a los avances que se han dado en medicina y biología desde el siglo XIX que nos dotan de fármacos eficaces, si bien lo cierto es que no hemos sido capaces de erradicar a estas viejas asesinas.

Especialmente interesante, resultaba el quinto y último capítulo, donde el autor nos acerca a otros daños colaterales aparejados a los de la propia pestilencia y que generalmente tenían graves consecuencias sociales y psicológicas, a través de la queja o "greuge" que el jurado Sala presentó ante las Cortes Generales aragonesas en busca de justicia, tras la indemnización que debió pagar a los médicos fugados tras cumplir la amenaza de derribar sus casas si no regresaban a la ciudad, como era su obligación, de inmediato. Veinte años después de la epidemia Sala, que había servido fielmente a la ciudad cuando muchos otros se habían ausentado, seguía reclamando que se le hiciera justicia, sin que al parecer contara en su favor el haber perdido en aquel contagio a la madre de su mujer y a su propio hijo, siendo perfectamente aplicables aquella frase contenida en el verso 20 del *Cantar del Mío Cid*, que reza: "Dios, qué buen vasallo si oviesse buen señor", lo que demuestra la capacidad que tenía esta enfermedad no solo para aniquilar vidas, sino para triturar cualquier tipo de relación social, o atisbo de humanidad entre los hombres.

Las vivencias, los errores y los aciertos de los que nos precedieron en la lucha epidémica se muestran así como un referente para las generaciones presentes y futuras, ya que como magníficamente nos muestra, los comportamientos sociales apenas han cambiado en los últimos siglos. Aunque la obra gira entorno a la epidemia de peste bubónica zaragozana de 1564, estimamos que es una obra de referencia para todos aquellos que pretendan conocer con detalle la historiografía española sobre epidemiología entre los siglos XVI-XVII, así como un magnífico punto de partida para futuras investigaciones.